

Que el mejor médico es también filósofo

Galeno

A la mayor parte de los médicos les sucede lo mismo que a la mayoría de los atletas, que desean vencer en las Olimpíadas, pero no se esfuerzan en hacer nada para que tal cosa llegue a cumplirse. Efectivamente, elogian a Hipócrates y lo consideran el mejor de todos, pero a la hora de asemejarse a él hacen todo menos eso. Y es que Hipócrates asegura que la astronomía contribuye en no pequeña medida a la medicina, y evidentemente también la geometría, que por necesidad precede a aquélla. Pero los médicos actuales no solo no se aplican en ninguna de estas dos disciplinas, sino que llegan a censurar a quienes sí lo hacen. Además, Hipócrates postula la necesidad de un conocimiento preciso de la naturaleza del cuerpo, alegando que es el principio de cualquier argumentación en medicina. En cambio, los médicos de ahora ponen tan poco interés en este asunto que no solo no conocen la esencia de cada uno de los miembros del cuerpo, ni su estructura, conformación y tamaño, o su relación con las partes vecinas, sino que desconocen incluso su localización.

Ya dijo también Hipócrates en su exhortación al ejercicio de la especulación lógica que por no saber diferenciar las enfermedades en géneros y especies sucede que los médicos se equivocan en sus propósitos terapéuticos. Pero los médicos de nuestro tiempo están tan

lejos de poner esa especulación lógica en práctica que a los que lo hacen les echan en cara el perder su tiempo en inutilidades. Hipócrates afirma igualmente que es preciso que se ponga sumo cuidado en el pronóstico del estado presente, pasado y futuro del enfermo. En cambio, estos médicos se han preocupado tan poco por esta parte del arte que si alguien predice una hemorragia o una sudoración lo tildan de hechicero cuentista. Difícilmente soportarían que otro predijese algo diferente y difícilmente adaptarían el tipo de dieta a lo que será el punto crítico de la enfermedad, allí donde Hipócrates ordena sin lugar a duda que se haga dieta.

¿Y a qué otra cosa queda reducida la admiración por Hipócrates? Desde luego no a la precisión en la interpretación, pues también esto fue un logro suyo. En cambio, los médicos de ahora se encuentran en el extremo opuesto, al punto de que se puede ver cómo muchos de ellos se equivocan dos veces en un nombre, algo que es difícil siquiera imaginar.

Por ello me ha parecido oportuno indagar cuál pueda ser la causa por la que, pese a la admiración que todos profesan por Hipócrates, no leen sus obras, y si alguno lo hace no comprende lo que dice, o si logra comprenderlo no aplica la teoría a la práctica con la intención de verificarla y ponerla en práctica. Yo encuentro efectivamente que todos los progresos humanos son producto de la voluntad y de la capacidad, y si se carece de una de estas dos cosas forzosamente se fracasará en los objetivos. Vemos por ejemplo que los atletas no alcanzan sus objetivos por incapacidad física o bien cuando han desatendido el ejercicio. Pero cuando tienen la fuerza física de un vencedor y se han preparado de forma satisfactoria, ¿qué motivo hay para no lograr muchas coronas en el combate?

¿Acaso entonces los médicos de ahora fallan en ambas cosas y no muestran ni capacidad ni una voluntad suficiente para el ejercicio de su arte? ¿O acaso tienen la una, pero carecen de la otra? Realmente no me parece que tenga sentido el que no nazca nadie con una aptitud mental suficiente como para hacerse cargo de una profesión tan humanitaria,

cuando el mundo es igual ahora que antes y no se ha producido una alteración en el orden de las estaciones ni una modificación de la órbita solar, ni ha tenido lugar ningún cambio en algún otro astro fijo o móvil. Al contrario, parece razonable pensar que es por el pésimo régimen alimenticio con el que los hombres de ahora se alimentan y porque la riqueza goza de mayor prestigio que la virtud por lo que no nace un Fidas entre los escultores, un Apeles entre los pintores o un Hipócrates entre los médicos. Y eso que nosotros contamos con la no pequeña ventaja de que, al haber nacido después que los antiguos, podríamos asimilar más fácilmente las artes que aquéllos llevaron a su máximo esplendor.

Así pues, sería de lo más sencillo aprender en el menor número posible de años lo que Hipócrates tardó tanto tiempo en descubrir, para así aprovechar el resto de la vida en investigar lo que queda. Pero mientras se conciba la riqueza como algo más valioso que la virtud y se aprenda el arte no por el bien de los hombres sino por lucro, no será posible alcanzar la meta de dicho arte —en efecto, esos otros se apresurarán a enriquecerse antes de que nosotros hayamos conseguido esa meta—. Porque ciertamente no es posible enriquecerse y al mismo tiempo practicar un arte tan importante, sino que aquel que se aplica con mayor ímpetu a una de las dos cosas necesariamente ha de despreciar la otra. ¿Pues acaso se puede decir que alguno de los hombres de ahora aspira a adquirir riqueza solo para hacer frente con ella a las necesidades vitales de su cuerpo? ¿Hay alguien que se atreva no solo a expresar con palabras sino a demostrar con hechos que el límite de la riqueza conforme a la naturaleza se constriñe a no estar hambriento o sediento o a no pasar frío?

Si efectivamente hay alguien así, desdeñará a Artajerjes y a Pérdicas: no acudirá nunca en presencia del primero y al segundo lo curará porque padece una enfermedad que precisa el arte de Hipócrates, pero no consentirá estar constantemente a su lado, y en cambio se dedicará a sanar a los indigentes de Cranón, de Tasos y de otras pequeñas localidades. Dejará a sus conciudadanos de Cos en manos de Pólipo y de los otros discípulos y él en cambio no cesará de recorrer toda la Hélade dedicado a la enseñanza, porque también es preciso que escriba algo

acerca de la naturaleza de los lugares. Y es que, sin duda, a fin de juzgar con la experiencia lo aprendido de palabra, es absolutamente necesario ver en persona las ciudades, la que está orientada al mediodía y la que lo está al norte, la que mira a oriente o a poniente; y ver igualmente si está sita en una hondonada o en un alto, y si utiliza aguas traídas de fuera o aguas de manantial, o bien aguas pluviales, de los lagos o de los ríos; no pasar por alto si alguna se provee de aguas excesivamente frías o calientes, carbónicas o ricas en alumbre u otras de esta clase; observar si una ciudad linda con un gran río, con un lago, con una montaña o con el mar; y notar todo lo demás que Hipócrates nos enseñó.

De manera que quien vaya a dedicarse a la medicina no debe contentarse con desdeñar la riqueza, sino que ha de ser enormemente trabajador. Y evidentemente no es posible que sea trabajador uno que se emborracha, se sacia de comida y persigue constantemente los placeres amorosos, en suma, uno que se hace esclavo de su sexo o de su estómago. El verdadero médico se reconocerá en verdad por ser amigo de la moderación al tiempo que compañero de la verdad.

Asimismo, es preciso ciertamente practicar el método lógico con vistas a conocer cuántas son las enfermedades en su conjunto, tanto específicas como genéricas, y cómo adoptar el remedio indicado para cada una. Este mismo procedimiento explica también la propia naturaleza del cuerpo, la que deriva de los elementos primeros — aquellos que están enteramente mezclados entre sí—, la que lo hace de los segundos elementos —que son perceptibles y son llamados también homogéneos—, y la tercera, la que está por encima de aquéllos y está constituida por las partes orgánicas. Y sin duda por el método lógico se aprende qué utilidad y eficacia tiene para cada ser vivo cada una de las cosas que se han dicho, y la pertinencia de darle a ello crédito no sin comprobación sino mediante demostración.

Así pues, ¿qué es lo que falta todavía para que el médico que practica el arte en un modo digno de Hipócrates no sea filósofo? Pues si para desentrañar la naturaleza del cuerpo, las diferencias entre las enfermedades y los remedios indicados le conviene haberse ejercitado

en la especulación lógica, y para perseverar diligentemente en el ejercicio de estas cosas haber despreciado la riqueza y cultivado la moderación, abarcaría ya todas las partes de la filosofía: lógica, física y ética. Pues en verdad, si desdeña el dinero y practica la temperanza no cabe temer que cometa injusticia alguna, ya que todas aquellas injusticias que los hombres se atreven a hacer las cometen cuando les seduce la avaricia o les embauca el placer. Y de este modo adquirirá forzosamente las restantes virtudes, porque todas ellas van juntas y no es posible que el que conquista una, sea cual sea, no tenga a la vez todas las demás acompañándola como si estuviesen anudadas con una única cuerda.

Y, ciertamente, si para el aprendizaje inicial y para la práctica sucesiva la filosofía es imprescindible para los médicos, evidentemente aquel que sea un verdadero médico será sin lugar a duda también filósofo. Y que los médicos precisan de la filosofía para hacer un uso conveniente de su arte creo que no necesita ningún tipo de demostración, después de haber visto en muchas ocasiones que son preparadores de medicamentos, y no médicos, los codiciosos que aplican su arte para el fin contrario al que está destinado por naturaleza.

Así pues, ¿vas a disputar todavía sobre los nombres y a desvariar sosteniendo que el médico es moderado, prudente, justo y que está por encima de la riqueza, pero que con todo no es filósofo? ¿Y que conoce la naturaleza de los cuerpos, la actividad de los órganos, la utilidad de las partes, las diferencias entre las enfermedades y los tratamientos indicados, pero que, eso sí, no se ha ejercitado en la especulación lógica? ¿O admitiendo estos hechos vas a tener la desvergüenza de disputar por el nombre que se les da? Ya es tarde: ahora es preferible, sí, que seas sensato y no te pelees como hacen el grajo o el cuervo por sus voces, sino que te afanes en la verdad de los propios hechos. Pues verdaderamente no puedes afirmar que un tejedor o un zapatero no llegarían a ser buenos sin aprendizaje ni práctica, pero que en cambio un médico puede aparecer repentinamente justo, prudente, capaz de hacer demostraciones y experto en la naturaleza sin haber recurrido a maestros ni haberse ejercitado.

De manera que, si esto último es también indigno y la otra posición es la de quien no discute sobre hechos sino sobre nombres, la conclusión que se extrae es que si somos verdaderos admiradores de Hipócrates deberemos dedicarnos a la filosofía. Y si lo hacemos, nada impedirá que lleguemos a ser semejantes a él y hasta mejores, una vez hayamos asimilado cuanto aquél escribió acertadamente y hayamos descubierto lo restante por cuenta propia.